

DON LORENZO GALIANO, CÁDIZ Y LOS ESCLAVOS

La insaciable necesidad de hacer dinero, que acongoja a quienes ven crecer rápidamente sus caudales personales, se había vuelto a apoderar de la ciudad de Cádiz. Había sido esa misma voracidad por el dinero la que había atraído a la hermosa ciudad no solo a muchos prestamistas genoveses, como lo es don Lorenzo Galiano y como lo había sido su padre, sino también a muchos mercaderes holandeses, flamencos, franceses, ingleses, irlandeses, venecianos y hamburgueses, quienes contribuyeron a multiplicar la diversidad de razas, de costumbres y de lenguas que hoy en día se confunden en ella. Don Lorenzo, ya entrado en años, observa esa actividad, en una anticipación de conocidos placeres, mientras disfruta de un paseo por el entramado de sus calles y reflexiona pausadamente sobre los cambios sufridos por su ciudad adoptiva. Esta transformación viene aconteciendo desde hace ya algún tiempo, se dice a sí mismo. Si tuviese que precisar el momento en que ella empezó, diría que fue desde que decidieron convertirla en el antepuerto de las flotas y de los galeones de las Indias¹. Así es, se confirma quedamente con un movimiento de cabeza, es la plata del Nuevo Mundo lo que ha hecho la diferencia, con ella comenzó el auge de Cádiz y nada ha podido impedir su transformación en una esplendorosa ciudad europea. Ni las sequías, ni las hambrunas, ni las pestilencias, ni los terremotos, ni

¹ Convoyes enviados por la Corona española a las Indias. Viajaban escoltados por una armada real, para evitar el ataque de piratas y corsarios.

las rebeliones populares y demás calamidades ocurridas, que casi acaban con toda la población del Viejo Mundo, le han hecho mella alguna a esta esplendorosa ciudad. Pensamiento que refuerza su excelente estado de ánimo. Y es que esos paseos siempre le resultan agradables, incluso en los días de trabajo comunes, que no era el caso del día de hoy, pues la salida de los galeones rumbo al Virreinato del Perú, con las naves llenas, entre otras mercancías, de sedas, algodones, lanas, encajes, pañuelos, guantes, gorros, sombreros, botas, espadas, porcelanas, vajillas, óleos, libros, mercadería novedosa que pasaría a marcar las tendencias en la moda, en los usos y en las costumbres de aquellos quienes se consideran alguien en el Nuevo Mundo, comprada a ese ejército de fabricantes y mercaderes europeos, cuyos consulados también habían sido instalados en Cádiz, imprimía una alegría contagiosa, de la cual nadie en la ciudad podía quedar inmune. La acostumbrada anticipación de los placeres derivados de las cuantiosas remesas de oro, plata y perlas que traían las flotas y los galeones atiborradas en sus bodegas en el tornaviaje, pago a todas luces desproporcionado por las baratijas enviadas al Nuevo Mundo desde todos los confines de Europa y de mucho más allá, aumentaba aún más la euforia pública. Era muy grato el recuerdo de los exquisitos metales veracruzanos y peruanos y de las hermosas perlas novogaditanas, piezas que sirvieron para ser canjeadas por más y más mercadería. Hasta que, para nuestra desgracia: ¡Ese ciclo se detuvo! —se dijo de súbito, parafraseando quedamente a los nobles oficiales perpetuos de su majestad— «Hasta que se acabaron las perlas y se secaron las minas». ¡Qué gran calamidad! Y... todas esas perlas, todo ese oro y toda esa plata traídos desde ese prodigioso continente, caudales gigantescos de tesoros nunca antes vistos, inexplicablemente dejaron a España sumida en la más profunda pobreza. Y en la guerra². Caudales que desaparecieron igual que como llegaron. Se esfumaron para sorpresa de todos. Quedó el pueblo más miserable que antes. Nada de agricultura, ni de fábricas, pues lo cierto es que hoy en día tenemos que traer de afuera hasta lo que nos llevamos a la boca, se dice el anciano genovés haciendo movimientos con sus brazos como quien le habla a un invisible interlocutor.

² La merma de las rentas reales no amainó la vocación de poder de la Corona expresada en guerras en defensa del catolicismo, lo que provocó severas crisis sociales y políticas, así como hambrunas y plagas.

Fueron los europeos los beneficiarios directos de esos caudales, quienes sí vieron progresar a sus artesanos, a sus fábricas y a su agricultura, dejando a «la Hacienda Real y a toda España en la completa ruina», murmura en un íntimo parafraseo las palabras tantas veces repetidas por los oficiales reales y se pregunta: ¿Cómo es que estando la Hacienda Real con tantos problemas financieros, hay tanta gente bella y acomodada en esta isla? Se detiene unos segundos para tratar de dar respuesta a tal interrogante. A su majestad, don Carlos, nuestro rey y señor (que Dios guarde) y a estos nobles aristócratas no les está yendo nada mal. Está claro que las perlas, la plata y el oro no solo fueron a parar a los bolsillos de los mercaderes y fabricantes europeos, sino a los del rey y a los de sus nobles oficiales y también, no lo puedo negar, a los de los genoveses, como yo. Se sonríe complacido por sus logros en el campo de los negocios mientras camina por una de las aceras de las espléndidas casas-palacios pertenecientes a los grandes mercaderes, muy parecidas a la suya propia, con la diferencia de que en aquellas es manifiesta la continua actividad mercantil, encontrándose generalmente atiborradas de mercancía, de carretas, de mozos, de sirvientes y de innumerables esclavos, traídos también desde muchos confines de la tierra para servir a sus muy enriquecidos amos, pero que en esta ocasión se advierten algo desabastecidas, debido a las recientes ventas realizadas a la Casa Real de la Contratación para el aprovisionamiento de los galeones de las Indias que acaban de zarpar. Es por ello que la actividad que este día ocupa a la servidumbre en esas magníficas casas-palacios es la limpieza, el ornamento de sus fachadas y el embellecimiento de sus jardines.

Es sorprendente la cantidad de sirvientes y de esclavos que los ricos de Cádiz, entre los que me incluyo, hemos logrado traer a esta isla, ejércitos de hombres y mujeres, se dice al momento en que se detiene a observar la casa-palacio de uno de los más famosos aristócratas de la ciudad. No cabe duda de que si se juzga no solo por los palacios y carruajes, sino por el ejército de mozos y de gentes cautivas que están a las puertas de estas hermosas mansiones, fregando las baldosas de los grandes corredores que sirven de entrada y salida de cabalgaduras, carruajes y carretas, queda claro que el oro, la plata y las perlas no solo llegaron a los bolsillos del rey sino también a los de toda esta suerte de nobles ofi-



La mulata o La cena de Emaús. Diego de Velázquez^a

ciales de su majestad, don Carlos, nuestro rey y señor (que Dios guarde), continúa diciéndose mientras se agarra de los barrotes metálicos de la reja para poder divisar mejor a los hombres que a esta hora se encuentran en plena faena. Detiene por un momento el curso de sus pensamientos para observar la febril actividad en el interior de la mansión, al cabo de lo cual se dice con tono de sorpresa: ¡No aprendimos nada de la gran depresión! No señor... , menos que nada fue lo que aprendimos. Al igual que antaño, volvimos a los grandes «negociados» con las remesas del Nuevo Mundo y la mercadería europea³. Excelentes negocios para algunos, por lo demás, se queda pensando el viejo prestamista genovés. Nada, nada comprado en España, puesto que en ella nada se produce. Los negociados con los mercaderes europeos son los que les dejan succulentas tajadas a esos nobles oficiales reales. Es lo que explica tanta euforia colectiva y por supuesto, ello atrae cada vez más y más gente, mercaderes, muchos mercaderes, tantos que ya en esta «isla» no cabe ni una aguja. Hay tanto dinero, tantos carruajes y tantos sirvientes y esclavos que en estas hermosas tierras ya todos nos creemos unos monarcas, se

³ La contracción económica resultante de la disminución en las remesas enviadas desde el Nuevo Mundo cambia gradualmente a finales del siglo XVII, reanudándose el comercio y la industria.

dice a modo de censura personal, autojuicio encaminado a restablecer el equilibrio emocional frente a la efervescente y contagiosa necesidad de enriquecimiento rápido y fácil que se había apoderado nuevamente de la ciudad. Súbitamente la imagen de tanto cautivo en plena faena, le recordó las palabras de Juan José, su joven aprendiz, quien había sido enviado por su padre, para entrenarse en el negocio de las finanzas bajo la tutoría del honorable genovés. «Indios, barbarios⁴ y guanches»⁵, eso fue lo se atrevió a decir ese muchacho no más atisbó a los esclavos en las aristocráticas casas. ¡Válgame el Señor bendito! «Indios, barbarios y guanches», dijo el muy osado muchacho que eran esos cautivos. ¿Qué bicho se le habrá metido en la cabeza a un muchacho tan serio y tan callado como dicen que es, para hablar de esa manera? Súbitamente un escalofrío de miedo recorrió todo el cuerpo del viejo al pensar en el Santo Oficio y en los funestos eventos que tales palabras podrían desencadenar. Escalofrío que dio al traste con la agradable anticipación de los placeres que esperaba obtener con los caudales próximos a llegar. De dónde habrá sacado Juan José esas ideas que solo nos pueden traer dificultades, se preguntó. Espero que mi explicación le haya sido clara y que haya entendido que con el Santo Oficio no se juega. Sabe que los indios, los barbarios y los guanches —o en todo caso sus descendientes— son piezas cuya captura está totalmente prohibida. Nada importa que las traigan de las costas del Mediterráneo o de las del mar del Norte, se dice haciendo referencia a las costas del mar Caribe. Todos conocen esa prohibición y las consecuencias que acarrea su violación, por lo que a este muchacho no le va a quedar otra opción que ver negros a todos esos cautivos, que es lo que el Santo Oficio dice que son y se acabó. No hay más que pensar —se dice a modo conclusivo mientras continúa su camino por las calles de la hermosa ciudad. Pero la preocupación que había nacido al recordar las palabras de su joven aprendiz se había instalado en su espíritu, por lo que al poco tiempo se dijo nuevamente: Yo ya estoy viejo, no quiero problemas, por lo que no tengo dificultad en verlos negros a todos, provenientes todos del África negra como dice el

⁴ Denominación acuñada en el Imperio romano para referirse a los nativos de La Barbarie, región del norte el África que va desde Marruecos hasta Egipto.

⁵ Pueblos aborígenes de las islas Canarias.

Santo Oficio que son, no ando viendo indios, barbaros y guanches por todas partes.... No, no, no, a esta edad no me voy a exponer a que me juzguen y me corten la lengua o me manden a la hoguera. Juan José tendrá que dejar de expresarse de esa manera, tendrá que aprender a cerrar la boca, de lo contrario debo prescindir de sus servicios, siguió diciéndose mientras camina. De repente, al doblar una esquina, se encuentra de frente con su aprendiz, quien viene corriendo en su búsqueda, sudado y con el rostro lívido por la forzada carrera. ¡Don Lorenzo, lo he buscado por toda la ciudad! ¡Válgame nuestro Señor, lo que me temía, ya nos agarró el Santo Oficio! ¡Ya este muchacho arrastró al Santo Tribunal hasta nuestra casa! —pensó don Lorenzo. Sintió que se desvanecía, que sus piernas perdían la capacidad para sostener su peso, sintió que el cielo oscureció repentinamente, por lo que prácticamente gritó: ¿Qué pasó Juan José, ya nos agarró la Inquisición? No, don Lorenzo, tranquilícese, no nos ha agarrado ninguna Inquisición, recuerde que los tiempos han cambiado, acérquese a su casa, en la antesala le espera don Sebastián Jiménez, quien quiere conversar con usted, solo viene a pedirle dinero, agrega en tono tranquilizador. ¿Cómo sabes que viene a pedirme dinero, acaso te pusiste a indagar a qué se debe su visita? No se angustie don Lorenzo, no me he puesto a indagar nada, usted sabe que soy un hombre correcto y discreto, solo que se le ve impaciente, algo bastante impropio para una visita de cortesía, por lo que me ha quedado claro que se trata de una visita de negocios. Corre y hazlo pasar a la recámara, para que no se ofenda, bien sabes que la antesala se usa para los desconocidos, no para un ilustre amigo y menos para uno que viene a proponerme un negocio, debes aprender modales, corre, regresa rápidamente, no quiero que piense que los genoveses somos unos descortesés y se me estropee el negocio que me viene a proponer. Corro don Lorenzo, no se preocupe, claro que si a lo que viene es a proponerle un negocio, ese no se va a ofender tan fácil. Cuida tu lengua que la tienes bastante floja y hazle los honores que se merece. Otra vez solo, continúa caminando y diciéndose: Conque el muy aristocrático don Sebastián Jiménez viene a proponerme un negocio; se sonríe. Debo ser muy bueno haciendo dinero, vuelve a sonreír orgulloso de sí mismo. Aunque indudablemente que, en materia de negocios, soy un bebé de

pañales, nada comparable con su majestad, don Carlos (que Dios guarde) y sus nobles oficiales negociantes. Me quito el sombrero ante ellos. ¡Cómo les han engordado los bolsillos! ¡Qué forma de acumular riquezas! —se dice mientras mueve la cabeza de un lado a otro en señal de incredulidad—. Y... no les basta con lo acumulado hasta ahora, no señor, no les basta. Nuevamente han logrado poner en funcionamiento el ciclo de las importaciones de mercadería que tanto beneficio personal les ha traído, se sonríe socarronamente. Y lo mejor de su ingenio es que esta vez lo han hecho sin el oro, sin la plata y sin las perlas —vuelve a sonreír admirado ante tanto ingenio comercial—. Ese oro negro llegado del Nuevo Mundo que llaman cacao y nada se diga de esas yerbas que llaman tabaco. ¡Qué suerte de preparados mágicos han resultado ser! —continúa caminando don Lorenzo sonriendo placenteramente. La Corona ha vuelto a comprar y enviar al Nuevo Mundo todo tipo de mercancía europea y ¿cómo ha hecho para pagarla sin contar con el oro, la plata y las perlas traídas de ultramar? Pues la paga con esos polvos y con esas yerbas, se dice el anciano prestamista tratando de controlar las carcajadas. Qué buen uso le ha dado a ese cuento que se ha inventado, de que esa suerte de preparados tienen grandes poderes afrodisíacos. Y dice que tienen también poderes mágicos. Hasta yo mismo he empezado a creer en ello. ¡Magia! Eso es lo que ha hecho. Solo la magia o un milagro han podido devolver a manos españolas el oro, la plata y las perlas que los europeos se llevaron. Es la fiebre del cacao y del tabaco lo que está engordando de nuevo a los nobles y aristocráticos bolsillos reales, se dice sonriente al momento en que llega a su casa-palacio, deteniendo el paso por un segundo para mirar su residencia en toda su extensión, pues no se cansa de admirar la belleza de su propiedad. Lo cierto es que han vuelto a fluir las perlas, el oro y la plata en nuestra bella ciudad. Los alemanes, holandeses y flamencos, nos los están devolviendo en forma de agradecidísimo pago por los susodichos preparados mágicos. Ríe y reanuda su andar ingresando a su residencia por el gran portón, para caminar a lo largo del sendero para carruajes y cabalgaduras que atraviesa el magnífico jardín, hasta llegar al pie de las bellas escaleras de mármol blanquecino y comenzar a subir la serie de escalones que lo llevan hasta la señorial entrada desde donde atina a divisar, a lo lejos, la antecámara y en ella a

don Sebastián por lo que, al momento, se le escapa todo ese buen humor que nuevamente había retornado a su espíritu y casi grita lleno de enfado: Ese muchacho, mira cómo desatendió a don Sebastián, seguramente que ya puedo decirle adiós a este negocio.



El chocolate. Jean-Baptiste Le Prince ^b

EL NOBLE GADITANO, DON SEBASTIÁN JIMÉNEZ

Don Sebastián Jiménez se pasea de un lado a otro, a grandes zancadas, por la antecámara de la mansión de don Lorenzo, al tiempo en que este, habiendo encontrado a tan honorable gaditano en el recinto reservado para las antesalas de aquellos de escaso linaje, le dice muy agitado: Perdone usted don Sebastián, ande, pasemos a la recámara, sea usted bienvenido. Gracias don Lorenzo, perdone usted por haber venido a su residencia sin haber sido anunciado. De ningún modo, no faltaba más, puede usted venir cuando lo desee, mucho le agradecería pase

por alto los modales de Juan José, mi aprendiz. No se preocupe, él ha sido muy atento, yo estoy algo nervioso y me tomé la libertad de pasearme desde la recámara a la que su aprendiz me condujo, hasta la antecámara, lo que fue una inexcusable falta de delicadeza de mi parte. Mi casa es su casa don Sebastián, puede usted pasearse cuanto le plazca y por donde le plazca. Muy agradecido don Lorenzo, permítame expresarle que me es muy grato verlo siempre tan saludable recorriendo a pie la ciudad en vez de usar uno de sus magníficos carruajes. No me puedo perder la imagen de las casas de Cádiz con sus torres y sus miradores decorados con las banderolas y los gallardetes de brillantes colores en honor de los galeones de Indias de nuestra majestad, don Carlos, nuestro rey y señor (que Dios guarde), que zarpan con rumbo al Virreinato del Perú. Tiene usted razón, esa es una de las más hermosas tradiciones de esta ciudad, esa gran algarabía que se forma para despedir a nuestras naves. Pero tome asiento don Sebastián y dígame a qué debo el honor de su visita. Como usted es hombre de negocios le voy a hablar directamente don Lorenzo, sin preámbulos, ni rodeos, se trata de un convoy bien provisionado de mercadería. En ese justo momento entra Juan José a la recámara, lo que hizo pensar a los dos ancianos que el aprendiz de negocios se encontraba oyendo desde atrás de la puerta, a la espera del inicio de la anunciada conversación. El joven camina rápidamente hasta donde se encuentran sentados los dos caballeros y se ubica detrás de su tutor y maestro, seguido de la mirada aprobatoria del genovés, quien cándidamente interpreta estos movimientos como aquellos propios de alguien que desea adquirir los conocimientos acumulados durante la larga experiencia comercial y financiera de ambos ancianos. En específico, le informo que necesitamos dinero para el financiamiento de ese convoy. Mi dinero es suyo, no faltaba más, ¿cuánto necesita don Sebastián? Le informo que estamos pensando en una empresa de grandes magnitudes en la que participarían capitales gaditanos y genoveses. Como muchas que tan exitosas han sido, dice Juan José de un sopetón con voz fuerte desde atrás de su tutor, sorprendiéndolo con la inesperada intervención, poco acorde con la imagen que le dibujaron cuando le fue recomendado como asistente y aprendiz. ¡Pues tiene toda la razón el jovencito! —exclama don Sebastián. Es bueno reconocer, dice don Lo-